

LA EDUCACION LIBERADORA SEGUN PAOLO FREIRE

Por VÍCTOR GARCÍA HOZ

Tal vez el concepto más profundo de educación es el que la presenta como proceso de ayuda a un ser humano con el fin de capacitarle para formular y realizar su propio proyecto personal de vida.

Contrariamente a lo que ocurre con las cosas o puros objetos que tienen un ser predeterminado y fijo, el hombre puede serlo de muchas maneras entre las cuales tiene capacidad de decidir, de diseñar, su actividad y su forma de vida. El hombre es persona porque de alguna manera puede configurar su propia existencia.

El fundamento real de la educación está justamente en el ser personal del hombre, en esa peculiar situación de dignidad respecto de los puros objetos que le constituye en un ser singular, solidario y libre.

Si únicamente nos fijáramos en la condición humana del hombre correríamos el riesgo de malentenderle, de caer en el error, tan frecuente de tantas ideologías, de absolutizar al hombre partiendo de la evidente superioridad que tiene respecto de las cosas que le rodean.

Pero el hombre no es un ser absoluto, que pueda ser y vivir desligado de toda relación con realidad alguna fuera de él. Empieza por recibir de otro su propio ser. Es una criatura y

eso explica todas sus limitaciones. Pero también es hijo de Dios y en esta condición se apoya toda su grandeza.

Toda educación auténtica se realiza en función y al servicio de la persona humana. En la medida en que el hombre es un ser libre la educación se halla al servicio de la libertad. Toda educación es educación liberadora.

Pero hemos de precavernos ante el riesgo de las grandes palabras que por tener una significación profunda se prestan a distintas interpretaciones susceptibles de conducir a la confusión en lugar de llevar a la claridad. «Es necesario hacer un esfuerzo por clarificar de una vez por todas esas frases que, siendo lícitas en su formulación, se han convertido en insufribles *slogans* capaces de engendrar equívocos permanentes», dice con toda razón el Cardenal González Martín ¹.

El riesgo del pensamiento actual no tanto se ve en los errores claramente apreciables cuanto en la ambigüedad de las expresiones tras de las que se ofrece una visión exclusivista y parcial que no sólo oculta otros aspectos de la realidad, sino que cierra el camino para llegar a conocerlos. Esto es lo que, desdichadamente, ocurre en el campo de la educación con la llamada «educación liberadora» en la interpretación de Paolo Freire.

En la obra de Paolo Freire hay que distinguir por una parte el método de enseñanza, de alfabetización especialmente, y por otra la instrumentalización que de él pretende hacerse al servicio exclusivo de una determinada actividad política.

En primer lugar es de justicia reconocer la impresión producida por su trabajo como coordinador del plan de educación de adultos en el Brasil entre 1962 y 1964. Pero conviene no olvidar que los dos puntos, tal vez básicos, de su pedagogía, el diálogo y la relación del aprendizaje con la vida, son tan vie-

¹ Doctor GONZÁLEZ MARTÍN, Cardenal Primado de España, «Simposium Internacional de Teología, Burgos». *Iglesia-Mundo* n.º 54-55, 6 de agosto de 1973, pág. 11.

jos como Sócrates y Séneca por citar nombres bien conocidos y doctrinas bien definidas.

En las dos obras principales de Paolo Freire, *Educação como prática de liberdade* y *Pedagogia do oprimido*, en las que se expone su idea de la educación concebida como un momento del proceso global de transformación de la sociedad, para dar vigor y justificar su doctrina, el autor acude al fácil recurso de una simplificación dialéctica en la cual la educación tradicional es el compendio de todos los males y su educación liberadora es el resumen de todos los bienes y perfecciones. Así, según Freire, en la educación tradicional el educador es el sujeto de la educación y el educando un puro objeto mientras que en la educación liberadora el educador sería el objeto y el educando el sujeto. No sé si en los momentos actuales se puede invocar un autor más «tradicional» que Santo Tomás de Aquino. Le hubiera bastado al Sr. Freire acudir a las *Cuestiones disputadas* en las que Tomás de Aquino habla del maestro o también a la *Suma teológica* en la que habla de posibilidad de acción de un hombre sobre otro para comprobar que en la educación, tradicionalmente concebida, el educando no es tan «objeto» como el autor brasileño supone. En la *Suma teológica* se dice textualmente que el primer modo de enseñar es «suministrarle algunos medios o auxilio de los cuales use su entendimiento para adquirir la ciencia»². Que se haya acentuado más o menos la acción del maestro es una cuestión que necesita bastantes precisiones. La idea de que en la enseñanza tradicional el educando sea un objeto más bien parece un solemne disparate.

Pero, en definitiva, el recurso retórico de caricaturizar la educación tradicional no tiene demasiada importancia. Lo verdaderamente grave es la confusión entre acción educativa y acción política y la reducción del proceso educativo a un mero instrumento de la revolución y la lucha de clases, alejando la educación liberadora del concepto cristiano de la realidad y de

² I, q. 117, a. 1.

la vida para insertarla como un elemento de la lucha de clases tal como el marxismo la entiende. Las siguientes palabras son reveladoras en este sentido: «la praxis teórica es lo que hacemos, desde el concepto teórico, cuando tomamos distancia frente a la praxis que se ha realizado o que se está realizando en un contexto concreto con el fin de clarificar su sentido. Por esto, la praxis teórica sólo es auténtica en la medida en que no se interrumpe el movimiento dialéctico entre ella y la subsiguiente praxis realizada en el campo concreto. De aquí que ambas praxis sean momentos indivisibles dentro de un mismo proceso que podemos conocer en términos críticos. Esto significa, en otras palabras, que la reflexión sólo es verdadera en cuanto nos permite, como dice Sartre ³, al campo concreto sobre el cual la ejercemos. En este sentido la concientización —poco importa que esté asociada o no al proceso de alfabetización— no puede ser bla, bla, bla... alienante, sino un esfuerzo crítico de desdoblamiento de la realidad que implica, necesariamente, un compromiso político. *No hay concientización si de su práctica no surge la acción consciente de los oprimidos, en cuanto clase social explotada, en la lucha por su liberación.* Por otra parte, nadie concientiza a nadie. El educador y el pueblo se concientizan a través del movimiento dialéctico entre la reflexión crítica sobre la acción anterior y la acción subsiguiente en el proceso de aquella lucha» ⁴.

Remachando la idea, Paolo Freire repite: «En verdad, no hay humanización sin liberación, así como no hay liberación

³ SARTRE, JEAN-PAUL, *Search for a Method*, Vintage Books. Nueva York, 1963.

⁴ FREIRE, PAULO, «Conferencia pronunciada en un Congreso celebrado en Lima (julio de 1971) titulado "Educación, crisis y esperanza"». Esta conferencia está reproducida, en sus fragmentos más importantes, en *El mensaje de Paolo Freire. Teoría y práctica de la liberación*. Ed. Marsiega, Madrid, 1972, páginas 135-36. Este libro es un conjunto de textos seleccionados por el Instituto Ecueménico al Servicio del Desarrollo de los Pueblos (INODEP). Está garantizado con un prólogo del mismo Paolo Freire y por esta razón le utilizó. Siempre que le cite lo haré con el título *Mensaje*.

sin una transformación revolucionaria de la sociedad de clases, dentro de la cual no cabe la humanización»⁵.

Las anteriores palabras ponen de manifiesto la idea simplista, pero enormemente sugestiva y peligrosa, según la cual los hombres se reducen a dos clases: los opresores y los oprimidos, idea con la que constantemente juega Paolo Freire.

También se opera con la contradicción, típicamente marxista, de pretender liberar al hombre en el marco de un determinismo social. Para Paolo Freire es una ilusión la posibilidad de «transformar el corazón de los hombres y mujeres dejando intacta las estructuras sociales dentro de las cuales el corazón no puede tener "salud"»⁶.

* * *

«De ahí que no tenga otra forma de superar la cotidianidad alienante, si no es a través de mi praxis histórica, que es esencialmente social y no individual»⁷.

Parece que aceptando las anteriores ideas el individuo no puede hacer nada porque está determinado por la evolución histórica y social. Pero contradicción más o menos no importa. A renglón seguido se pide a la educación que se convierta en política convirtiendo a su vez a cada hombre en un agente de la revolución. «La educación para la liberación... es la que se propone, como praxis social, contribuir a liberar a los seres humanos de la opresión en que se hallan, en la realidad objetiva. Por esto mismo, es una educación política, tan política como aquella que, sirviendo a las élites del poder, se proclama a pesar de todo neutra. De ahí que esta educación no pueda ser puesta en práctica, en términos sistemáticos, antes de la transformación radical de la sociedad»⁸.

* * *

⁵ *Ibid.*, pág. 148.

⁶ *Mensaje*, pág. 131.

⁷ *Ibid.*, pág. 141.

⁸ FREIRE, PAOLO, *Pedagogía del oprimido*. Terra Nova, Montevideo, 1971.

«De esta forma no puedo aceptar ser un mero espectador ; existe por el contrario un lugar de proceso de transformación en el mundo. Entonces la tensión dramática entre el pasado y el futuro, entre la vida y la muerte, la desesperación y la esperanza, entre el ser y el no ser, ya no aparece como un callejón sin salida, sino como lo que realmente es : un desafío permanente al cual debe responder. Mi respuesta no puede ser otra que mi praxis histórica ; en otras palabras : mi praxis revolucionaria»⁹.

En las palabras que acabo de transcribir está el error más grave desde el punto de vista pedagógico : la confusión de la acción educativa con la acción social o política, confusión que es en definitiva una consecuencia del determinismo social anterior aludido. Porque, efectivamente, si la sociedad lo es todo y el hombre se halla determinado por las estructuras sociales y la evolución histórica de la humanidad como un todo, cualquier acción que quiera realizarse en función de un hombre es una acción ilusoria o es una acción social. Pero cuando se acepta la idea de que el ser individual de cada hombre es una persona, es decir, una realidad sustantiva que, aun cuando esté condicionada por determinadas relaciones sociales y objetivas, sin embargo conserva su capacidad de decisión, se puede distinguir claramente entre la acción que tiende al perfeccionamiento de la persona y la que tiende al perfeccionamiento de la sociedad, aunque uno y otro tipos de actividad tengan estrechas relaciones.

Un autor tan poco sospechoso de «tradicionalismo» como Kerschensteiner afirma explícitamente que el educador «no aspira a redimir a la humanidad, sino a este o aquel hombre aislado o concreto»¹⁰. Y una de las estrellas del progresismo pedagógico, Neill, el creador de Summerhill, también afirma¹¹ que

⁹ Mensaje, pág. 141.

¹⁰ KERSCHENSTEINER, *El alma del Educador*. Colección Labor, Barcelona, 1928, pág. 71.

¹¹ NEILL, A. S., *Summerhill*. Penguin Books, Harmondsworth, 1971, página 109.

con su escuela lo que pretende es hacer felices a los niños que a ella acuden sin pretender la reforma de la sociedad. Y es que, ahora más que nunca, conviene distinguir con claridad lo que es acción educativa de lo que es acción social o política porque de la confusión únicamente se siguen ideas erróneas y actuaciones equivocadas. La educación tiene como fin el mejoramiento del hombre, es un servicio a la persona humana, mientras que la acción social o política tiene como fin el mejoramiento de la sociedad, es un servicio a la comunidad. Claro está que de la educación se siguen consecuencias beneficiosas para la sociedad y, recíprocamente, de la acción política y social pueden surgir consecuencias beneficiosas para la educación. Pero esto no quita, repito, el que la educación sea un servicio directo a la persona e indirecto a la sociedad mientras que la acción social o política es un servicio directo a la sociedad e indirecto a la persona humana.

El determinismo social es, en última instancia, una de las dos visiones parciales y exclusivistas, erróneas por lo tanto, del acontecer histórico. En tiempos pasados tal vez predominó la idea de que la historia era algo que realizaban unos hombres excepcionales, los héroes en la terminología de Carlyle, con olvido de la intervención de la comunidad humana; pero, tal vez por uno de esos movimientos pendulares que en la historia misma se dan, hay otra visión, exclusivista y parcial, errónea también, en la que se sitúa Paolo Freire, según la cual «la praxis histórica es esencialmente social y no individual»¹². Contra esta visión determinista está el hecho, simple pero irrefragable, de que incluso las revoluciones que se han hecho apoyándose en esta idea, no se pueden explicar sin la intervención de hombres singulares que pueden llamarse Marx, Engels o Lenin, aunque también intervengan masas sociales.

Para que las cosas queden más claras, se niega la posibilidad de una evolución a través de la cual las masas populares

¹² *Mensaje*, pág. 141.

puedan ir accediendo a un nivel superior de desarrollo y de capacidad de decisión social. «La acentuación del proceso de industrialización hace que se configure una «ideología del desarrollo», de carácter nacionalista, que defiende, entre otras tesis, el pacto entre las «burguesías nacionales» y el proletariado emergente.

* * *

Los ya referidos intereses económicos imperialistas y la necesidad de expansión de su mercado, por ejemplo, hacían que las mismas élites nacionales —que en muchos casos son sólo metástasis de las élites extranjeras— serían forzadas a buscar caminos de superación de las estructuras arcaicas, puesto que sin esa superación aquellos intereses se verían frustrados.

Lo importante, sin embargo, desde el punto de vista del imperialismo y sus aliados nacionales, era que este proceso reformista, calificado publicitariamente de desarrollo, no aceptase los puntos centrales de relación entre la sociedad matriz y las sociedades dependientes.

* * *

Las sociedades latino-americanas, con la excepción de Cuba, después de su revolución, están modernizándose sin desarrollarse en el sentido real de la palabra. ... El desarrollo integral no es viable en una sociedad de clases. En este sentido, el desarrollo es la liberación, por un lado, de la sociedad dependiente como un todo frente al imperialismo y, por otro lado, de las clases sociales oprimidas, en relación a las clases sociales opresoras»¹³.

A la vista de textos como el que se acaba de transcribir no parece aventurado decir que el hombre queda olvidado, sumido en la clase social. No parece que sea una mera afirmación retórica decir que en la llamada educación liberadora de hecho no se pretende liberar al hombre; se pretende liberar a unas de-

¹³ *Mensaje*, págs. 145-46.

terminadas categorías sociales que a veces se llaman proletariado, a veces se llaman clases sociales oprimidas, a veces sociedades dependientes, presentando siempre a la humanidad escindida en dos grupos, el bueno y el malo. Parece que se pretende liberar al hombre; pero se trata de una extraña liberación, ya que no se le ofrece más que un camino, una opción, en su vida: la acción revolucionaria. Si el hombre no tiene más que una posibilidad es engañoso hablar de libertad.

Si desde un punto de vista humano es insostenible la postura ideológica de Paolo Freire, desde un punto de vista cristiano resulta más claramente inaceptable.

Vaya por delante que Paolo Freire se confiese católico. Y no seré yo quien se atreva a dudar de la sinceridad de su confesión. Pero ya resulta más difícil aceptar como cristiana la ideología en la que quiere fundamentar su acción educativa que, ya está dicho antes, es una acción predominantemente política.

Ya es un poco extraño, que al prologar la edición española de la recopilación de sus textos haga referencia al «*error de los cristianos*» (que) ha estado en creer que la liberación se vivía en el interior de la conciencia de cada cual y que el cambio de las estructuras se deducía del reajuste de la vida moral privada. En esta perspectiva, la escuela se concebía como transformadora de la sociedad, cuando sucede exactamente lo contrario»¹⁴. Difícilmente se puede pontificar con más tranquilidad para deshacer de un plumazo toda la tradición cristiana de la vida interior. Por otra parte el «error de los cristianos» sería el del Concilio Vaticano II que concibe a la escuela como fuente de beneficios para «las familias..., la sociedad civil y toda la comunidad humana»¹⁵.

«La verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las socie-

¹⁴ *Mensaje*, introducción, pág. 9.

¹⁵ Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la educación cristiana de la juventud*, pág. 5.

dades»¹⁶. Con estas palabras el Concilio Vaticano II establece la prioridad que en la educación tiene la persona humana y su fin último. El bien de las sociedades se da posteriormente y como una consecuencia del anterior.

En el pensamiento cristiano no cabe condicionar la educación cristiana a unas determinadas estructuras sociales. La salvación de cada hombre, su liberación auténtica, su santidad, que tanto vale una como otra, es obra de la gracia divina y de la cooperación humana, es decir, de la educación de cada hombre.

La acción evangelizadora, y no se olvide que la educación cristiana es quizá la más alta forma de evangelizar, se ha realizado siempre, como mayores o menores dificultades eso sí, pero nunca imposibilitada por cualquier estructura social o política. El Concilio Vaticano II, al hablar de la libertad religiosa se refiere a la acción de los Apóstoles que enseñaban «no por acción coercitiva ni por métodos indignos del Evangelio, sino, ante todo, por la virtud de la palabra de Dios»¹⁷. No se puede pensar cristianamente que haya estructura social capaz de destruir totalmente la virtualidad de la palabra divina. En la Roma cesárea, en el feudalismo medieval, en el absolutismo político de los tiempos modernos y en los estados actuales, bajo diferentes regímenes políticos se ha transmitido el mensaje de Cristo y éste ha dado sus frutos de los cuales el ejemplo más patente es la nómina de santos de la Iglesia católica.

Claramente se ve que nunca un cristiano puede presentar la revolución como una condición necesaria para poder evangelizar. En el orden humano es una equivocación radical pensar que la revolución es necesaria para poder educar. Si educar es formar hombres, más bien se habría de decir que la educación, la formación de hombres *ad hoc*, es condición necesaria para realizar la revolución. Sin hombres preparados, en aptitudes

¹⁶ Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la educación cristiana de la juventud*, pág. 1.

¹⁷ Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la libertad religiosa*, pág. 11.

y actitudes, ninguna revolución es posible. Las relaciones entre educación y revolución son un caso particular de la mutua concausación de educación y cambio social.

La ausencia de Dios es algo que también se puede percibir en la llamada educación liberadora. En ella se niega toda trascendencia cuando se afirma «que las aspiraciones, los motivos y objetivos contenidos en las temáticas significativas son aspiraciones, motivos y objetivos humanos. No existen en algún lugar "fuera" como entidades estáticas; son históricas como los hombres mismos; en consecuencia, no pueden ser captadas prescindiendo de los hombres»¹⁸. Si los motivos y los objetivos de las aspiraciones humanas no existen fuera del hombre ¿qué lugar se deja a Dios? Si toda realidad es cambiante ¿cómo Cristo puede permanecer hasta el fin de los siglos?

La esperanza, virtud fundamental del «homo viator» queda reducida a un mero esperar en la transformación de las estructuras sociales. Pero la cosmología evolucionista radical lleva a la consecuencia de que no se puede alcanzar una situación en la que el hombre pueda sentirse realizado, o satisfecho en palabras más sencillas, lo que trae como consecuencia la necesidad de vivir sumergidos en la utopía y por consecuencia en la revolución permanente. «Si cesamos de ser utópicos —escribe Freire— nos burocratizamos; es el peligro de las revoluciones cuando cesan de ser permanentes»¹⁹. Es curioso, y triste, que empujando la educación liberadora por exigir un análisis crítico de la realidad termine por sumergir al hombre en la utopía.

Desde el punto de vista cristiano el gran error de Freire está en considerar una ilusión el creer que la liberación se vive en el interior de la conciencia de cada cual. La ilusión está justamente en la utopía. Nadie como San Pablo ha hablado de la libertad. A los romanos les escribe sobre la necesidad de hacerse «libres del pecado» para llegar a la santificación que es la ver-

¹⁸ *Mensaje*, pág. 44.

¹⁹ *Mensaje*, pág. 39.

dadera liberación humana ²⁰. Dirigiéndose al XI Congreso de la Confederación Iberoamericana de Educación Católica el 12 de enero de 1973 el Cardenal Villot escribió las siguientes palabras: «Con este problema, agudamente sentido en América Latina, se relaciona el del modelo de educación a impartir en la escuela católica. Constantemente se habla de "educación liberadora", sin tener en cuenta muchas veces la ambigüedad de dicho concepto al limitar su orientación únicamente a sus aspectos socio-políticos.» No se puede olvidar que el tema concreto de la educación liberadora entra dentro del más amplio de la pedagogía de la fe y que la verdadera y fundamental liberación del hombre consiste en la «liberación de todos sus males, recordando siempre el más grave y fatal, el pecado, con toda disciplina religiosa y moral necesaria para esta liberación; y, después, liberación de los muchos males, dolores y necesidades inmensas que afligen a una gran parte de la humanidad, la cual sufre por muchas causas, en particular por la pobreza y por las míseras y deplorables condiciones sociales». De acuerdo. «Y en su propio ambiente la Iglesia está trabajando muchísimo para hacer operante esta teología que es la siempre nueva y siempre viva de la caridad» (Pablo IV, discurso en la Audiencia General del 16 de agosto de 1972) ²¹.

Sustituir la acción de Dios y la cooperación humana por la acción revolucionaria es una triste manera de liberar al hombre. «La educación auténticamente liberadora tiene su apoyo en la Verdad» ²². La Verdad es fundamento de la libertad porque sólo ella ofrece un criterio para conocer la realidad y poder reaccionar adecuadamente. Y el conocimiento de la realidad incluye, por supuesto, el conocimiento de las cosas que tenemos a nuestro alrededor en la situación en que nos encontramos. Pero este conocimiento carece de base si no se hace referencia a Dios, a su existencia trascendente y también a su presencia

²⁰ A los Romanos, 6, 17-23.

²¹ V. id. *Ecclesia*, n.º 1.631, 24 de febrero de 1973, pág. (225) 15.

²² Juan, 8, 32.

operativa en el mundo. Y entre el conocimiento de las cosas y el conocimiento de Dios, el conocimiento de nosotros mismos, de lo que somos y podemos, empezando por hacernos cargo de nuestra condición de criaturas. La conciencia operante de esta nuestra condición de criaturas podrá evitar el riesgo de pretender sustituir el conocimiento que nos viene de Dios por las verdades parciales, o los errores, que con nuestras solas fuerzas podemos alcanzar. Las siguientes palabras de San Pablo tienen, por desdicha, una gran actualidad. «Yo, en efecto, doy testimonio de que ellos tienen celo de Dios, pero no según el debido conocimiento, pues no reconociendo la justicia de Dios y buscando establecer una justicia propia, no se sometieron a la justicia de Dios, porque el fin de la ley es Cristo para justificación de todo el que cree»²³.

El cristianismo tiene, como las tuvo la vida de Cristo, implicaciones políticas. Pero limitar, o condicionar, las posibilidades cristianas de liberación del hombre a una acción política es, paradójicamente, reducir el alcance y cercenar el poder transformante de la palabra y la vida de Cristo.

«A veces ligeramente se afirma —escribe Monseñor Quaracino— que la muerte de Cristo fue por razones políticas. Una afirmación semejante es, por lo menos, superficial; deja de lado o pone entre paréntesis el hondo misterio de su "entrega por nuestros pecados"; olvidar que El mismo se hizo pecado, en la fuerte expresión de San Pablo, y que fue considerado "reo de muerte" por presentarse como Hijo de Dios y Dios mismo. Parte de los sucesos humanos que constituyeron el proceso de Cristo tuvo naturaleza política, pero su muerte como hecho teológico liberador no tiene absolutamente nada de contenido o naturaleza política.

Esto está conectado con el problema de Cristo como liberador político, más aún, como revolucionario. Creo que Cullman ha escrito sobre el asunto unas páginas breves pero definitivas.

²³ A los Romanos, 10, 2-4.

Cristo no fue "zelote" revolucionario violento ni un pacifista enemigo de todo cambio. El supera la disyuntiva "revolución-orden establecido". Predicó su reino, que está más allá; vale decir, es distinto... Ese reino que se realiza fundamentalmente en el corazón del hombre, en su radical conversión por la fe y el amor y cuya norma suprema es la adhesión y cumplimiento de la voluntad del Padre. Es enemigo del inmovilismo, porque la conversión es tarea permanente; pero no se orienta a la destrucción en vistas a un estado de cosas tal que alcance en este mundo el fin de todas las alienaciones en una situación de libertad, justicia o igualdad absoluta. Pensar esto último constituye uno de los errores —o utopías— fundamentales del marxismo.

Para hablar "en cristiano" sobre la liberación hay que tener en cuenta estos principios básicos; de lo contrario se disuelve el cristianismo en una ideología socio-política más y se lo vacía del contenido profundo y trascendente de liberación salvadora»²⁴.

²⁴ Monseñor ANTONIO QUARRACINO, Obispo de Avellaneda (Argentina), «Reflexiones sobre liberación y socialismo», *Eidos*, n.º 38, año 1973, págs. 9-10.